



Hablamos con el Señor
sábado, 29 abril

SEÑOR RESUCITADO

Señor resucitado

Tú vives, has resucitado de entre los muertos.

Tú vives, ha sido un milagro patente.

Tú vives, la muerte ha sido vencida.

Tú vives, la vida es más grande que la muerte.

Tú vives, primicia de todos los vivos.

Tú vives, y eres la vida.

Tú vives, tu carne no ha conocido la corrupción.

Tú vives, no has sido abandonado a la muerte.

Tú vives, y nos enseñas el camino de la vida.

Señor resucitado, sé nuestra fuerza, nuestra vida.

Señor resucitado, danos la alegría de vivir.

Señor resucitado, ábrenos la inteligencia de las Escrituras.

Señor resucitado, enséñanos a caminar como hermanos a tu encuentro.

Señor resucitado, haz de nosotros una comunidad en marcha, una comunidad viva y de vida.

Señor resucitado, pon calor en nuestros corazones.

Señor resucitado, pon humildad en nuestra vida entera, para reconocerte como vivo.

Señor resucitado, pon espíritu en nuestra alma, para confesarte delante de todos con valentía.

Señor resucitado, pon en nosotros tu forma de ser y vivir...

--

Los discípulos de Emaús (Lc 24, 13ss)

Éste es uno de pasajes importantes referentes a la resurrección de Jesús. En él encontramos muchos elementos que nos hacen meditar profundamente sobre la relación que llevamos con el Señor. Este evangelio nos invita a preguntarnos: ¿qué relación tenemos con Jesús, el Señor? Vamos a fijarnos sólo en algunos aspectos que nos ayuden a vernos a nosotros mismos.

Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido.

Como primer punto de meditación, vemos que los discípulos, a quienes no se les identifica al principio, estaban ya lejos de Jerusalén. Tan pronto las cosas fueron mal, decidieron irse de allí. Mientras Jesús estuvo con ellos, no había ningún problema, todo iba de maravilla. Al caer preso el Maestro, se dispersan. “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas”, dice la Escritura. No vemos a ninguno de ellos, sólo a Juan, al pie de la cruz. Ya sabemos de la traición de Judas y de la negación de Pedro. Ahora, se han ido lejos de la ciudad donde el Cristo ha sido crucificado. Los Once se habían quedado encerrados en una casa, “por miedo a los judíos.” ¿No es ese el mismo miedo que sentimos de decir las cosas que tenemos que decir, de decir la verdad, de denunciar las injusticias? Nos alejamos de los lugares donde la situación se pone candente. Estos discípulos se habían alejado de allí, al igual que los demás, por un sentido de frustración, por la debilidad de que no pasó lo que ellos esperaban. Están en la desesperanza.

No obstante, discutían sobre lo que había pasado. Es una experiencia demasiado fuerte como para echarla a un lado. Seguían rumiando su derrota, o su aparente derrota.

Y ahora me pregunto sobre mis huidas... de Jesús y de los crucificados hoy...

Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su

cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Otro momento, es la aparición de Jesús. Es curioso cómo cumple Cristo sus promesas. Jesús dijo: “Cuando dos o más están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. “ Aún cuando los discípulos sólo hablaban de lo que había pasado, el Maestro se pone en medio de ellos, los sigue mientras ellos discuten sobre su desgracia. Esto se debe a que los discípulos tenían una conversación espiritual.

Jesús me acompaña en mis desesperanzas y en mis huidas...

Pero no lo reconocen. Es lo mismo que le sucede a Pedro, mientras estaba pescando. Jesús se aparece y dice el Evangelio: “Pero los discípulos no podían saber que era Él” (Juan 21:4). Jesús se encuentra, es el mismo de antes pero no aparece como antes.

En el relato de Cleofás, que es el discípulo a quien la Escritura luego identifica, vemos algunos temas muy importantes. Habla de Jesús, de su obra y de su palabra, y de cómo los jefes corruptos de su pueblo entregaron a las autoridades. Finalmente relata cómo las mujeres dieron testimonio de que los ángeles les habían dicho que Cristo había resucitado.

Cristo entonces les ilumina para que entiendan su cruz. Aquí está todo. Entender la cruz de Cristo como señal, la más grande, del amor de Dios a nosotros, pues participa de nuestro mal para sacarnos de nuestro mal.

Les dice cómo el Mesías tenía que padecer para entrar en su gloria.

“Entiendo” a Dios a veces no queremos entender a Dios... Vamos domingo tras domingo a la misa y luego si alguien nos pregunta, no sabemos ni de qué se habló ese día. No “sabemos” con el corazón y no solo con la mente la historia de Dios con nosotros.

Señor Jesús explícame, que entienda en mi inteligencia y mi corazón todo lo que se refiere a ti; no sólo lo tu pasión y muerte, sino también de tu resurrección.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. (Lc 24, 13ss)

Finalmente parte el pan con ellos y es entonces cuando se les “abren los ojos”. Vemos aquí la Eucaristía. Comulgar el cuerpo de Cristo nos abre los ojos espirituales y podemos reconocer a Cristo dondequiera que lo encontremos.

En la Eucaristía de cada día acontece la “transustanciación”, anuncio de nuestra vida transfigurada y del mundo transfigurado que Dios en Jesús resucitado nos promete. Y nosotros nos vamos transformando...

En la Eucaristía de cada día se hace presente otra vez que Jesús nos da su vida... y al comulgar entramos en el camino de dar la vida por otros...

El Maestro entonces desaparece de su vista. Los discípulos vuelven a Jerusalén, a testimoniar la resurrección del Señor.

En primer lugar recuperan al comunidad que antes habían roto pues se marcharon de Jerusalem. ¿Fomento la comunidad en mi casa, en la parroquia...?

Cada domingo es una nueva presencia de Cristo en nuestras vidas. Cada domingo salimos con el ánimo dispuesto a testificar, con nuestra palabra y nuestra vida, de su resurrección.

Jesús, amor de todo amor,
tú estabas siempre conmigo,
y yo lo olvidaba.
Tú estabas en el fondo de mi
corazón,
y yo te buscaba en otra parte.

Cuando yo estaba lejos de ti,
tú me esperabas.
Y ahora me atrevo a decirte:
tú, el Resucitado, eres mi vida.
HERMANO ROGER SCHUTZ (COMUNIDAD DE
TAIZÉ)